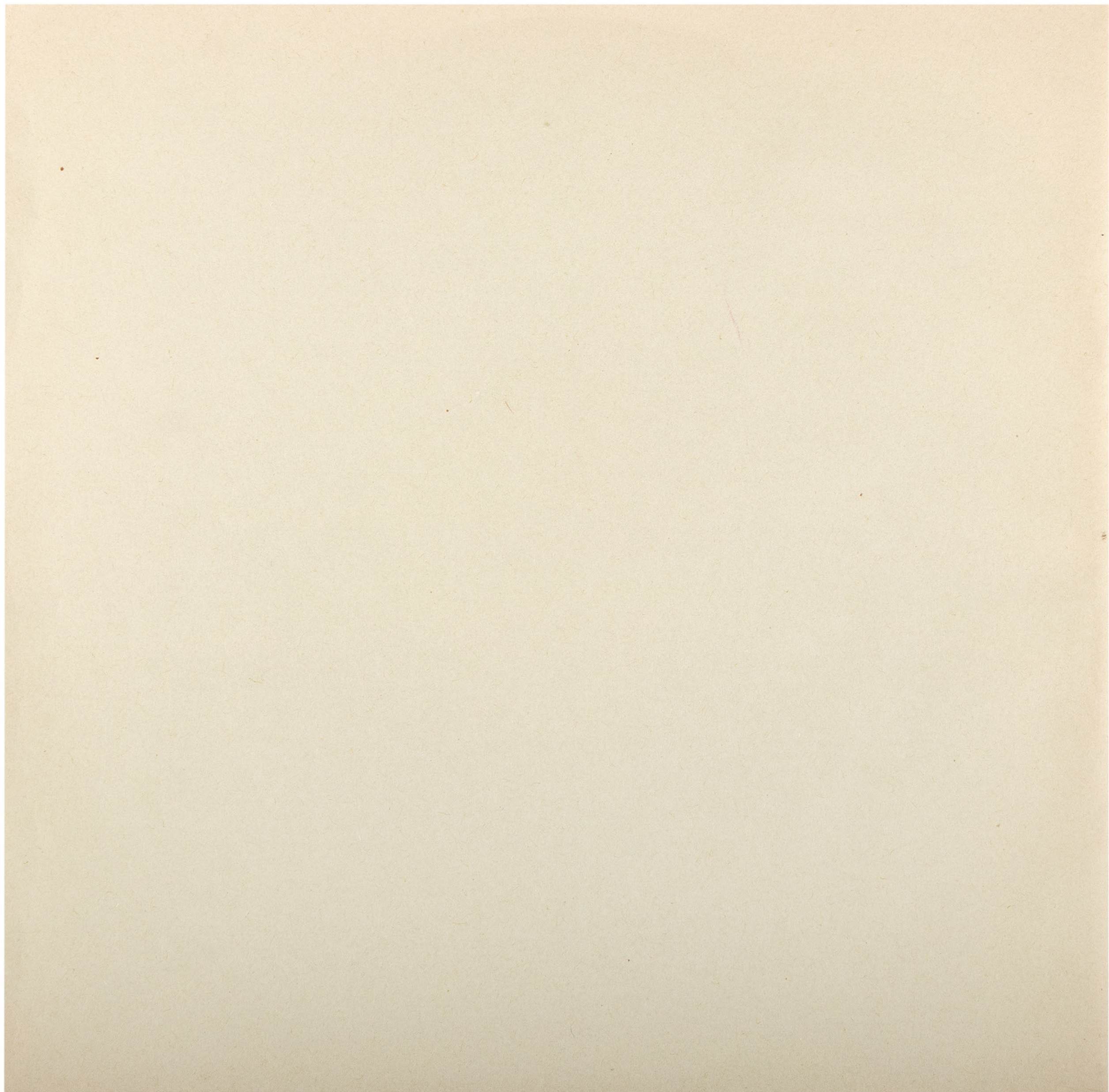


# ARTEMIO DEL VALLE ARIZPE

---

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL



## PROLOGO

ES UNA de las figuras más distinguidas de la literatura mexicana. Nació en la ciudad de Saltillo en el año de 1838. Hijo de una familia acomodada; su padre fue gobernador del Estado de Coahuila. Valle-Arizpe desde chico vivió en un ambiente culto. Estudió la carrera de leyes; pero no ejerció su profesión, pues se sintió atraído por los estudios históricos, en especial por el período de la Colonia. En su juventud fue a Europa para cumplir una misión diplomática. Tuvo oportunidad de estudiar los archivos peninsulares.

La fuente de inspiración de Valle-Arizpe es la época virreinal. Con este objeto emprendió amplios estudios de la historia de la Nueva España. De una manera apasionada, se aplicó al estudio de nuestros documentos históricos, principalmente del Archivo de la Inquisición. Aprovechó las fuentes directas y trató los materiales recogidos con un estilo literario cuidadoso y elegante, a fin de reproducir en sus narraciones, con toda la fidelidad posible, el ambiente y las costumbres de la Nueva España.

Realizó numerosas lecturas de autores clásicos españoles. Le interesaba especialmente el aspecto realista de Cervantes, el colorido de los relatos picarescos, y la comedia de costumbres. Pero asimiló sus modelos literarios con un sentido romántico: en sus "tradiciones" emprende la vuelta al pasado.

Su principal mérito es haber realizado una interpretación poética de la historia. Su obra ha encontrado muchos lectores, y el reconocimiento público de su valor. La Ciudad de México lo ha nombrado su cronista oficial, y además lo ha honrado dándole su nombre a la calle en que vive, honor que ningún otro escritor mexicano ha recibido en vida.

Valle-Arizpe es a la vez un romántico y un realista. Romántico porque busca la belleza en fuentes pretéritas; realista porque la inspiración de sus relatos proviene en su mayoría de una ciencia que estudia la realidad: la historia.

Valle-Arizpe emprendió la búsqueda de la belleza en el pasado; pero se aplicó a una época poco explotada: el virreinato. Además este escritor no adoptó ninguna de las formas tradicionales de la novela o el cuento. La estructura de sus "tradiciones" es bastante compleja. A veces pueden tomar la forma de crónicas, cuentos, sucesos, relatos. Aunque es un gran narrador nunca ha escrito un

por Carlos Valdés

verdadero cuento; siempre subordina el desarrollo novelístico a los documentos. Para escribir sus "tradiciones", ha empleado las más diversas fuentes: crónicas, leyendas, biografías, testamentos, archivos, registros, versos, dichos, refranes. El espíritu con que están concebidas, es complicado. Por un lado acepta la opinión popular casi con ingenuidad, y por otro lado se burla de las creencias del pueblo. Se muestra escéptico, irónico; otras veces adopta una postura imparcial. y hasta llega a emplear la fórmula de los cronistas: "como me lo contaron te lo cuento". Su gran valor reside en la creación de una atmósfera fiel y viva que evoca la vida de la Colonia. Siente una gran afición por el empleo de giros arcaicos populares; pero respeta la sintaxis. Con una gran libertad mezcla los vocablos cultos con los llanos, sin embargo su intención es elevar el género coloquial a una categoría artística, y obtener efectos elegantes y cultos.

Al amor de Valle-Arizpe por las épocas pretéritas de México le debemos una hermosa y artística reconstrucción de nuestro pasado. Es un verdadero maestro en la descripción del México antiguo. A don Artemio se le ha denominado colonialista. Y él es el más distinguido representante de esta corriente literaria.

En su origen el colonialismo mexicano fue una reacción en contra del positivismo que pugnaba por el predominio de la cultura europea sobre la nacional. La escuela colonialista mexicana opuso a los valores extranjeros el valor de lo típico nacional. Seguramente las conferencias que en aquella época dictó Jesús T. Acevedo sobre arquitectura colonial entusiasmaron y encauzaron la inspiración de algunos jóvenes escritores, entre los que se encontraba Valle-Arizpe.

Don Artemio escribió su primer libro en el año de 1919. Desde entonces ha escrito muchos otros más. Uno de los mejores es sin duda su novela *El Canillitas*, de vivo carácter picaresco. Valle-Arizpe nunca ha variado su ruta literaria. Nunca se ha salido de la corriente tradicionista.

La elegante sencillez es una de las principales virtudes del idioma arcaico que utiliza Valle-Arizpe con maestría. El mismo lo ha dicho: "Me propongo en cada una de mis obras formar con palabras comunes un estilo no común". Las evocaciones históricas de don Artemio se caracterizan por un apego al uso de giros antiguos, y el respeto por la sintaxis clásica. Las fuentes históricas que

emplea, por su variedad y riqueza causan asombro; ha recurrido a ellas para estimular la imaginación de los lectores. El arte romántico y realista del autor nos ofrece bellas estampas del México colonial, y nos presenta una forma de vida hoy desconocida: se añora la tranquilidad que poseen sus personajes para gozar la existencia; pero no sólo ofrece estampas bellas y costumbres curiosas, pues también escribe con una intención constructiva. Saca provechosas lecciones morales de los sucesos relatados.

Don Artemio de Valle-Arizpe es uno de los pocos escritores mexicanos que ha sabido encontrar un público constante y fervoroso.

¿Cuál es el secreto de la atracción constante que la literatura ha ejercido sobre los lectores? No cabe duda que siempre ha habido gente que piensa que "todo tiempo pasado fue mejor". Y Valle-Arizpe ha sabido llevar este aforismo a sus más artísticas consecuencias. Su facilidad para la evocación le ha garantizado el éxito. Nuestro autor no es de ningún modo de esos escritores que obtienen fama momentánea y pronto la pierden. La solidez de sus virtudes literarias le ha conquistado numerosos y constantes simpatizadores. Sus "tradiciones" siempre serán de grata lectura para los que sintiéndose agobiados por el estruendo buscan consuelo y descanso en la magia del pasado.

*Enero de 1960*

## LA PLAZA MAYOR

por Artemio de Valle Arizpe

CARA I **AQUELLA** plaza era tumultuosa y varia. Era una plaza tan grande y tan varia como el mundo. Estaba llena de las cosas sabrosas y vivas que sólo da el pueblo a quien de veras quiere buscarlo. Se hablaba con un sinfín de tenderetes y sombreros, ya de tela negra por las lluvias, ya de tejamanil o de petate, y había innumerables jacales de madera cuyos techos bajos eran sucios depósitos de mil cosas viejas, inservibles, botes, hojalatas, botellas rotas, huesos, harapos, costales podridos. Había, además, "cajones" de San Juan, incómodos cuartuchos de madera; una fila de ellos frente al Portal de las Flores, otra hilera rostro al Palacio. Todos ellos eran tiendas de ropa y de las que se llamaban mestizas, de comestibles.

Era bien difícil andar por esa plaza que "estaba muy sucia y llena de vestigios, con grandes muladares". Si llovía, todo aquello era un lodazal espeso y pegajoso, un atole negro y hediondo batido y rebatido por los pies de tanta gente; y si no había lluvia, el viento levantaba grandes, cegadoras polvaredas. El piso de piedra estaba desigual, se extendía lleno de baches, de subidas y bajadas hondas; los hoyancos y caños de aguas pútridas que atravesaban la plaza en todos sentidos, eran propicios para las caídas apartosas, con sus correspondientes roturas de huesos. Era dicho muy dicho, tenido por gracioso, decir que primero se caía en esa plaza que en tentación. Las cáscaras de frutas también ponían un excelente medio para el resbalón y el porrazo, junto con otros mil estorbos que allí había, sin contar los corruptos basureros, que hacían difícil el tránsito, a no ser que se estuviera avezado a sus ostugos y vericuetos, el que por ahí andaba. Para salir de ellos sin perderse era menester un buen trozo del hilo de Ariadna.

Otro peligro constante y grave para los transeúntes lo constituían las turbas de perros hambrientos o enamorados, de todas razas, castas y tamaños, que trababan constantes riñas por unos pellejos o por un hueso seco o con leves indicios de carne, o iban en

manada erótica, gruñendo y ladrando, detrás de una perra libertina de cola movediza; se aporreaban entre sí por ella, disputándose sus favores de hembra desdeñosa, o la seguían incansables, con el hocico abierto y la lengua un palmo de fuera, palpitante.

*Había unos beques o secretas, que eran públicos y que estaban en perpetua hedentina y hacían tan espeso el aire, que si se tiraba un trozo de plomo de seguro no caía al suelo, sino que quedábase detenido en el espacio como si estuviera en lugar firme. Por lo in-mundo de los tablones de su asiento, muy bien muestrados, arreglaban sin compostura hombres y mujeres sus sucias necesidades fisiológicas trepados en cuclillas, con la ropa levantada, con lo que ponían sus vergüenzas a la vista de las numerosas personas que allí andaban comprando o vendiendo, pero todas ellas se quedaban ante esos negros espectáculos con la misma tranquila indiferencia como si estuviesen viendo en los puestos de jitomates, los nabos, los huevos, o las zanahorias y los chiles. Cerca de ese beque pestífero, del más puro estilo virreinal, había puestos de carne cocida y en barbacoa, de chicharrones, de pescado de tufo pecaminoso, y de un lugar a otro iban y venían incansables las moscas llevando y trayendo en feliz intercambio. Las hediondecas que llenaban la Plaza Mayor, cedían parte de su soberanía al olor que daban estos lugares asquerosos.*

¿Y la pila del centro? ¡Jesús, la pila del centro! Era síntesis exacta de la Plaza Mayor. Una mísera aguililla de bronce erguía-se muy levantada de pico en la última taza de las tres que tenía, y de las que de una a otra iba cayendo el agua que el animalito soltaba en chorros raquíticos por los dos orificios, copia exacta de los naturales, con que su cuerpo comunicábase con el mundo exterior. Pero el líquido no brotaba a diario; por lo cual el de la fuente estaba turbio, hediondo, muy puerco por las mil variadas cosas, todas repugnantes, que metían en ella constantemente. Allí revolvían sucios guñapos, lavaban zaleas y las ollas y cazuelas de la comida, las asaduras sanguinolentas, los quesos engusanados, las verdosas panzas de res y de carnero, las tripas que dejaban mucho de lo que tenían almacenado, no todo, pues como de allí las llevaban a freír, lo que les quedaba dábales gustosa sazón, según decían aquellos horribles sibaritas de la inmundicia. Los indios y gente soez metían

Párrafos en cursiva: texto no leído por el autor.

los pañales de los niños, trapos que no estaban muy de perlas que digamos, para lavarlos después en las piedras del brocal y así donaban mucho de su continente al contenido de la pila, y también fregoteaban otras ropas cuya jabonadura hacía el piso resbaloso, por lo que abundaban las caídas espectaculares, que eran negocio para los algebristas que tenían que concertar esos huesos desquiciados.

En aquella vasta plaza, pestífera, ruidosa, había a todas horas una gran confusión de gente; salir de semejante apretura costaba tanto trabajo como nacer. Ese gentío ni por un momento tenía reposo, y daba voces en todos los tonos imaginables. No se le oía hablar sino a gritos; pregonaba sus mercaderías entre los puestos numerosos y los espesos humazos de las fogatas, en las que se guisaban bodrios extraordinarios. Oíanse limpias y fuertes voces de indios anunciando flores, loza de barro, pollos, carbón, petates, pato cocido y con chile, pescaditos blancos, tierra negra y pudrición de encino para las macetas, y no sé cuántas cosas más. Esos devoradores de leguas estaban obligados por sí mismos a realizar precisamente en la mañana su mercancía, porque tenían que llegar a sus pueblos y lugares lejanos apenas puesto el sol. Se "pregonaban aves con gritos tan desapacibles como el cacareo de las aves pregonadas; agregábase a esta algarabía el disparatar de los hombres, los gritos de las mujeres, la charla de los criados que hacían la compra, el ruido de los talleres, el son de unas campanas vecinas que tocaban a niño muerto, los perros ladrando, los pobres pidiendo limosna, bestias cargadas que iban y venían, y el correspondiente vocear del que las arreaba, y se formará juicio aproximado" de lo que era aquel importante lugar de la ciudad de México.

*Andaba entre la multitud, a lo que saliese, mucha gente vagabunda, haragana, corrillera, de vida libre y licenciosa, de la que no tiene asiento fijo, sino que siempre lleva camino a la gruesa ventura, y no pocos ciegos rezadores, de esos de muy buenas prosas, y ladrones, además, de mocitas tempranas; de ellos andaban en ensartas de cinco y seis tocando, con insufrible desentono, chirimías, dulzainas, guitarras, harpas, adufe y tamborino, para a su son acompañarse siempre fuera de compás canciones de amores o de celos rabiosos, con más ayes que los que hace dar un agresivo cólico miserere, y como parte componente de los cantos hacían innumerables silajes, al revolver la blanca ágata de sus ojos sin luz. Iban y venían rufianes churrulleros y matasietes, fanfarrones, insolentes, de sombrero caído, mirar zaíno, bigotes buídos a lo cuerno y lentos andares a lo columpio, con espadas de más de marca que tenían tantas rejas como monasterio de monjas. Los tales iban echando fieros, bravatas y maldiciones aforradas de blasfemias, pero sacaban con diestra gracia lo que había hasta en el fondo mismo de la faldriqueras, que era el negocio suyo, como maestros en el ladroncio; pues se les estaban mirando las manos, y se podían jurar mil juramentos que no las meneaban y sin que se echara de ver hallábanse cortando la bolsa y robando las joyas, lo que desmentirían los ojos de todo en todo.*

Se veían aquí y allá romancistas que decían sus versicos fáciles ante embobados y bosquiabiertos corros, en los que contaban la truculenta historia del último ahorcado; el espeluzante crimen que se cometió en un barrio; la golpiza o cuchillada que "un mal hijo dió a su cariñosa madre o a su cariñoso padre", por la leve cosa que estos señores le arrearon una fenomenal paliza, de las de

órdago; de un labrador que con arado, yunta y todo, se lo tragó la tierra por trabajar en Jueves Santo, y cada año, en ese día solemne, se oía cómo bramaban los bueyes con voces casi humanas; de una osa que se raptó en la sierra a un médico cazador a quien tenía encuevado para su deleite y del que le nacieron varios hijos varones, medio osos y medio gentes; de la campana mayor que estaba prisionera, bien encadenada en una iglesia, porque se vino abajo de la torre, cubriendo al caer, como un enorme fanal, a una niña que había hecho su primera comunión y a la que no le quedó, como es fácil suponer, ni un solo hueso sano; y también se decía de otra campana que a las doce de la noche del último día del año sonaba quejumbrosamente bajo las aguas del río, y relataban otras cosas así de importantes puestas en jácara, que partían los corazones y con las que recogían maravillosa mosca.

*Abundaban en la confusa plaza los muchachos zangones, desvaídos y buenos para nada, que mostraban la carne entre los mil desgarros de la camisa y los calzoncillos, que era toda su indumentaria, sacando al fresco todo lo que quisiera salir; abundaba también la peligrosa gente de la carda, junto con jaques, izas, cañones y demás gurullada adscrita al finibusterre que es la horca, o al apaleo de sardinas que no es sino las galeras. Era un pasar continuo de escuadras de estudiantes rijosos, alborotadores, con la risa sin tasa, la mano larga y el chiste pronto, que improvisaban coplas y cantares e iban utilizando bien las apreturas para tentar senos y palpar grupas. En cambio, otros, muy formales, se proponían cuestiones, argumentos ontológicos, virtualidades tomistas, o formalidades escotistas. Ergotizaban sin término.*

Caminaban veloces por entre el laberinto de la plaza, los maestros barberos, constantes habladores, siempre en mangas de camisa, pues no usaban más que sólo chupa, portaban su caja de madera con esquinas de azófar, en la que iban las navajas, el frasco, dizque con agua de olor, la bacía de cobre, las tijeras, lienzo blanco, jabón, peines ya de hueso o ya de fragante madera de naranjo y la bola de cristal, o si no un limón, que metían siempre en la boca del parroquiano para que se le abultaran las mejillas y así facilitar la rasura. Volvían a aquella hora los maeses de afeitar a algún rico señor o iban al trote a ejercer su oficio en casa principal, o bien llevaban la botella de las sanguijuelas que, junto con el gallo y la guitarra, jamás habían de faltar en su barbería, para aplicarlas a algún paciente; además eran duchos en "tomar sangre, gobernar con tablillas un brazo roto, topicar y cataplasmar aquí y allá".

*Andaban legos mendicantes de Santo Domingo, de San Francisco, de la Merced, de San Diego, y probrecitos juaninos, hipólitos, betlemitas y camilos, que recogían muy humildes, con uncioso ademán, limosnas por el amor de Dios, para sus respectivas casas. Pasaban y repasaban señoronas muy enhiestas, con el pecho levantado, rebosando dignidad y decencia, vestidas de negro y con luegos mantos de tafetán o de lo fino, hasta el mismo suelo, con lujoso equipo de paje, dueña y lacayo, y con una recatada doncella al lado suyo, con tal o cual collar o brazaletes, con guantes de ámbar y ampuloso sayal de seda rica y manto de soplillo o de los de humo, para que mejor transparentase las excelencias que tenía. Entre toda esa gente se sumaban muy bien los tres enemigos del alma mundo, demonio y carne.*

*Los cándidos o los tontos, que de capirote habían de ser, tomaban a aquellas damas por venerables matronas, más honradas*

que el Cordero Pascual; pero que no eran sino unas cabales y redomadas tunantas muy de lo bueno, exquisita flor de picardía, que sacaban todo aquel estruendo para exhibir mejor a la niña, prender en ella algún deseo, y luego cobrar por él limpiños dineros al antojadizo que quisiera satisfacerlo; lo que era tanto como ponerle precio al engaño, pues la doncella no era tal, ya había sido reconstruida varias veces por las manos primorosas de la vieja cobejera, que era un águila en el oficio peregrino de remendar virginidades y adobar doncellas.

Pululaban gorgoterios con sus cajuelas en las que traían todo linaje de niñerías y pequeñeces que iban anunciando con voz afilada, llena de ondulantes modulaciones de cántico:

¿Compran peines, alfileres,  
trenzadores de cabello,  
papeles de carmesí,  
orejeras, gargantillas,  
pebetes finos, pastillas,  
estoraje y menjú,  
povos para encarnar dientes  
carana, capey, anime,  
goma, aceite de canime,  
abanillos, mondadientes,  
sangre de drago en palillos,  
dijes de alquimia y acero,  
quintaesencia de romero,  
jabón de manos, sebillos,  
franjitas de oro milanés,  
listones, adobo en masa?

Además quedaron fuera de estos versos otras mil menudencias que vendían con mucho éxito, tales como cuchillos, botones, agujas, randas, tijeras, dedales, espejillos, collares de lucientes cuentas de vidrio, de la misma calidad de los que tuvieron antes un alto precio y estima entre los ingenuos indios mexicanos a quienes el hábil Hernán Cortés y los suyos se los trocaban por perlas y oro puro. Todas estas bujerías eran canal por el que se desaguaban grandes sumas de dinero, con escándalo de los pacatos moralistas y aun de las mismas Cartes, que acusaban a sus vendedores "de muy grandes ladrones", y de "muy diestros en pesar y medir falso".

No paraban los pies muchos de esos hombres ladinos que pedían por las ánimas benditas del purgatorio, con voz que iban fingiendo muy penitente, y lo que juntaban no era con destino a ellas, para aliviar sus quemazones y sufrimientos, sino para complacer su propia liviandad y darle gozo al cuerpo. No se extrañaban allí a los pintorescos pregoneros que modulaban de modo inverosímil e incitante sus gritos, que tenían así mucho de música, anunciando ventas u ofreciendo premios en dinero por objetos perdidos, o voceaban excomulgatorias cartas paulinas para que se devolvieran cosas que fueron robadas o que maliciosamente se escondieron. Tampoco faltaban por nada del mundo en lugar tan populoso, los buleros que vendían las de la Santa Cruzada, con las que ganaban que era un juicio, y también los había que las vendían falsas, de las llamadas de composición, engaño que nacía de su hambre canina de dineros.

*Abundaban las espetadas amas de llaves, limpiñas, repolludas las más, con exuberante adiposidad y chongo como un rollo*

*de cuerdas; iban sonoras de almidón, con sus collares ya de alquimia, ya de rojos corales, o de gruesas cuentas de ámbar, con cien ojos vigilaban al paje o a la moza india, adefesio sudoroso, que portaba la gran cesta en la que metían la abundante compra para los primores que iban a aderezar a sus amos, lo cual habían adquirido entablado con sus regateos una polémica rabiosa con cada vendedor, y verdaderas campañas en los tablajes, porque el carnicero les maliciaba los pesos, con notable falta de menos en las cantidades vendidas; y con el trozo de carne sanguinolenta, con las secas patas de pollo o de gallina, las gruesas costillas de res que sobresalían de la cesta, daban una buena embestida a las caras de los descuidados transeúntes, o bien se las sacudían con alguna lechuga, o con el manojo de apio, o con los verdes rabos de las cebollas, haciendo soltar palabras rabiosas a los dueños de esos rostros perjudicados con tanto desacato. No faltaba nunca un buen número de arrieros, perpetuos trajinadores de los caminos, que buscaban bastimentos para sus largas jornadas o mozas para darle contento a la carne, el incomparable enemigo del alma.*

Pululaban las sucias y desgreñadas maritornes indígenas, obras maestras de fealdad, descalzas o con zapatos fétidos, con sus canastas embrizadas en que conducían los menesteres para los condumios que iban a guisar. Se aparecían por dondequiera alguaciles, ministros del agarro, vestidos de negro; con sólo su severa presencia se sosegaban disputas y se ponía fin a las dificultades más enconadas. Había junto a los pajariteros que estorbaban el paso con verdaderas murallas de jaulas con clarines, con jilgueros, zenzontles, dominicos, gorriones de rojo pecho, cardenales y calandrias maromeras, que metían entre el barullo de la plaza la musical algazara de sus cantos. Había una larga fila de mujeres sentadas en el sucio suelo, unas parlanchinas, las más silenciosas, como animales cansados, con todas las manos pintadas de amarillo congo; tenían el duro oficio de lavar pisos y aguardaban, con resignada espera, quien las ocupase. Contrastando con esa hilera melancólica había mozas miradoras y por el modo de echar el ojo, así como por lo que solían decir al oído, hasta el más tonto, así fuera de capirote, se convencía al momento de que ya estaban hociadas, pero, no embargante, como eran de buenas partes, se tenía la certeza de lo magnífico que serían para el arte de las ofensas.

*No faltaba entre éstas una que otra de crujidora basquiña de seda con encajes y trenas, el rostro cubierto con el manto para que no la conocieran, porque así era menester para su negocio; pero dejaba, a la turca, una oportuna rendija para ver y mirar a su gusto lo que le conviniera; se nombraba a las tales en lenguaje villanesco, "preñadas de medio ojo".*

También había mujeres de todo embestir —¿cómo habían de faltar éstas en lugar tan concurrido?— muy arreboladas, con mucho blanquete y mucho colorete, y vestidos versicolores, que miraban de reojo a todos los hombres para mejor encantusarlos. Muchas de ellas estaban bien condimentadas, con carnes estimulantes así en popa como en proa. Estas damas no se acogían a ninguna casa llana, porque sueltas lograban mejores ganancias con cualquier remiendillo somero que una vieja ducha les echase en los lugares de su trabajo, con lo que las dejaban más vírgenes, decían, que la madre que las parió, y aun sin la tal compostura trabajaban muy relindo. *Eran suaves en el modo y fuertes en el asunto. Esas vejezuelas, sabidoras portentosas, de melosísimo hablar, sagaces, as-*

tutas, enlutadas siempre, con gran rosario sonador de cuentas frisonas, que sabían embaucar a la canalla picaresca, no tenían rival en preparar cepos a la lujuria y a la virtud, y en reedificar doncellas que salían de sus manos tan enteras como cuando nacieron, y eran además de estas imponderables gracias, magníficas zurcidoras de gustos y corchetes de voluntades, lo cual equivale a decir con muchas palabras y de manera obscura para que no se entienda bien, que eran buenas alcahuetas, por lo que mozos y caballeros en ellas confiaban sus negocios de amor y sus ansias de placer. Estas astutas y utilísimas ancianas además de ser excelentes celestinas y sutiles y diestras en enmendar y remendar doncellas, eran curanderas y ensalmadoras, habilísimas para hacer afeites, oficiaban de parteras, reunían hierbas extrañas, sabían unir corazones, hacer bailar el cedazo, correr el rosario, echar las habas, y decir sin el menor tropiezo las oraciones de Santa Marta, de San Erasmo, de la Estrella y de la Mano Encarnada, que casi no era gracia el decir las porque andaban de boca en boca, sino otras mil magníficas para atraer daños, así como para ahuyentarlos, curar desvíos y encontrar rendidos amores. Había bastantes de estas utilísimas vejezuelas entre el bullicioso gentío de la Plaza Mayor, ejerciendo con mucho mimo sus artes peregrinas.

*Se veían allí a histriones traushumanos, bululúes y naques, que iban por los pueblos a divertir con las exiguas gracias del ingenuo repertorio de su compañía, farándula, gangarilla, garnacha o lo que fuese, que andaban por la plaza a ver qué ración pescaban para su recia hambre de artistas. También se veía por ahí, el bigardo marrullero y chalán, puntal de quicios y caballero del naipe, tan raído de calzones como de vergüenza, persona eminente en la cofradía ladronesca. Pasaban arrogantes hombres de España, nobles hidalgos de portante, con su capa puesta y su sombrero con plumas y cintillo, otros, los más, eran hambrones, de los de gotera en su patria, que con presunción infatuada de nobleza, llegaban muy jactanciosos, a estas tierras que aborrecían, a buscar solamente casamiento ventajoso, condescendiendo, así como generoso favor, a que se enamorase de ellos alguna rica dama criolla para lustrar con el dinero del matrimonio los opacos cuarteles de su escudo ya desconchado o roto por muchas partes. Hablaban a todo el mundo con arrogante menosprecio, mil insolencias y desafueros cometían a destajo; con gran altanería decían a toda boca descender de los siete pares de Francia, del Cid Campeador, del Condestable de Castilla, cuando no de Nabucodonosor o del mismo triunvirato romano. Orgullo y nobleza, todo en una pieza.*

*Tenían estos hombres por cosa indigna y vil, cosa de mucha vergüenza, trabajar; sin embargo, no era deshonor para ellos trampear, mentir, el deber y no pagar. Eso sí, su labia era mucha y florida para poder engatusar a padres bobos y adinerados, se fingían de gran caudal, y aveníanse a casarse con la hija a quien traían deslumbrada, al igual que a sus progenitores, con falsas palabras de miel. Se aficionaban a oírlos y deleitábanse oyéndolos. Los hacían trepar hasta la cuarta o quinta rama de su frondoso árbol genealógico para maravillarlos y que vieran que no había en ellas ningún fruto podrido. También eran muchos los aventureros sin arraigo, llamados "los de la capa al hombro", que desembarcaban en Ulúa y subían hasta la capital para ir de allí a las minas o a alistarse en las "entradas" y "pacificaciones". Hablaban a la fanfarronesca, contando las valentías que habían hecho en la guerra, sin*

*más certidumbre que sus dichos. Eran de esos que decían con voz hueca: "Somos hidalgos como el Rey, dineros menos".*

Llamaban mucho la atención algunos señores que marchaban con un paje por detrás y con guardasol, muy a lo dineroso, y otros también arrogantisimos, con harto garbo, que cualquiera pensara que eran de esclarecida prosapia y que iban muy bien comidos; en realidad, no lo estaban sino de piojos y chinches. El hambre los levantaba, pero la vanidad los sostenía. Comían, si llegaban a hacerlo, una tristísima cazuela de verdolagas o quelites cocidos, sin otro aderezo que un poco de sal, y aun tenían el descaro de ofrecer a Dios ese ayuno forzoso; querían hacer virtud de la necesidad, pero salían eructando faisán y pastel trufado, y hasta ave fénix empanada, sin que les faltase el indispensable palillo en la boca, para persuadir de una excelente comida con carne.

"Tú piensas que nos desmientes  
con el palillo pulido,  
con que, sin haber comido,  
Tristán, te limpias los dientes,  
pero la hambre cruel  
da en comerte y en picarte;  
de suerte, que no es limpiarte,  
sino rascarte con él".

*Aparentando una dorada existencia de grandes señores, portaban con gallardía sus capas largas, que por delante descubrían mucho terciopelo, tafetán y chamelote, y por detrás sólo tapaban ropas con más agujeros que un panal, con sucias entretelas de pellejo, sin falsificaciones. Contaban, muy a voz en grito para que bien los oyeran y admirasen, arriesgados lances de guerra, llenos de valor y de audacia, y que aquella ancha cicatriz que les cruzaba la cara era herida honrosa que daba clara luz a sus vidas y que en Portugal, o que en Francia, o que en Italia o en Flandes, se las dieron en un paso honroso, ¡puras balandronadas!, cuando sólo la habían sacado en una taberna o, a lo mejor, se las plantó algún coime o alguna brava mujerzuela a quien pretendieron hurtar la bolsa después que la infeliz los mantenía. Hubiera sido un magnífico negocio comprar a estos farfantes por lo que realmente valían y después venderlos por lo que ellos creían valer.*

*Atravesaban bizarros alabarderos de vistoso uniforme, casaca y calzón azules, chupa y vuelta encarnada y alamares de plata, y fatuos soldados del Comercio, de rojo y blanco, y muy fanfarrones y parlanchines; se veían conocidos traineles y donilleros ir y venir, por aquí y por allá, muy atareados en sus oficios para ganar la soldada con el sudor diz que honrado de su rostro, por cuyo trabajo si no merecían el castigo de la horca, sí el de una buena tanda de azotes. Trabajaban por cuenta propia tramposos gariteros que se llevaban tras de sí un buen golpe de incautos; también se veía por esos sitios a una porción de rufianes acompañados de sus jorgolines de ojo avizor y manos habilísimas; andaban dedicados unos y otros muy a su gusto "en cosas de agibilibus rateras".*

*Pasaba y repasaba sin parar, una constante multitud de indios astrosos, de cerebros desfosforados, mineralizados, con el huacal a cuestas y el palo en la mano, dando mortales testerazos o llevándose de encuentro lo que se les ponía por delante. Sostenían con ceñidor de colores sus calzones, blancos en tiempos remotos, o lo que les quedaba de ellos; los otomíes, también de asnales condiciones, con*



sesos metaloides, andaban tapados con un ayate que se anudaban por el cuello, y cuya aspereza de ixtle no les importaba; parece que traían un rico paño de seda acariciándoles la espalda con su halagadora suavidad.

Cruzaban rápidas personas de viso y otras que aspiraban a tenerlo y melindrosos señores vestidos muy de hidalgo principal, que en lindas tabaquerías tomaban rapé —sol en polvo, selva tropical— o se pegaban a la antena sensual de las narices las canillas de sus barrilillos de ámbar para no sentir el fastidio de aquellas prestilencias ofensivas, e iban a las tercenas del Portal de Mercaderes a fabular en sus pacíficas tertulias, a ocuparse en la dulce tarea del desuello, murmurar santamente del prójimo, pues la discreta maledicencia es la sal que da gusto a la conversación más insípida, o a comentar por décima vez, un sucedido sin importancia, o hablar, inacabable tema, de la nao de la China, de la flota de España y de los piratas, de cosas de iglesias, de frailes y monjas, o a lamentarse de sus tristes achaques de viejos y de lo malo de los tiempos que corrían.

Constantemente iban y venían indias y más indias, de fealdad imponente, enredadas en el estrecho chincuate azul oscuro o solferino, rayado siempre ya de blanco o de negro, tejido por sus mismas manos y sujeto a la cintura con fajas de colores encendidos, con dibujos graciosos que les venían desde sus pasados; la camisa de burda tela blanca con bordados en negro, o en azul brillante, en las mangas y en el cuello; con el huipil embrocado del que les caía un largo pico hacia adelante y otro pico hacia atrás, ambos profusamente decorados con animalillos inverosímiles alrededor de una gran planta extraña que salía de una maceta, llena de ramas de regularidad geométrica y de flores de todas formas, bordadas en negro, en rojo y en azul ultramar; la cabeza tocada con la clásica teja: lienzo de lana atado por debajo de las trenzas, entretejidas con cintas angostas de varios tonos, que se remataban con una deliciosa labor de chaquiras brilladoras; en la espalda conducían a sus hijuelos, pedazos de carne morena con ojillos atónitos, ya dormidos, con cabeza y brazos colgantes, o ya haciendo largos berrinches con fermatas y calderones, o bien llevaban la cesta rebosante de flores de sus chinampas, y en las manos el manojito de patos de largos cuellos flácidos, o las policromas bateas de Quiroga colmadas de fragantes frutas del país, entre hojas frescas de camedores, o ramas de hinojo, o bien llevaban hortalizas, o tamales de elote, de juiles, o de capulín que teñían de morado intenso la hoja de maíz en que los envolvieron. Con sus pláticas hacían una eufónica algarabía con su dulce mexicano, lleno de xés, de tlés, de chés, que se les licuaban suavemente en los labios en canturía deliciosa para

los oídos, y al cantar su pregón alargaban las vocales en cadencias llenas de melódicas sonoridades. El castellano era el lenguaje del comercio y para hablar con los señores y el mexicano la lengua de su intimidad, la de los hogares y la de las calles.

Hervía una multitud de léperos ensabanados, de rostros salvajinos, gente de vida rota, muy llenos de cochambre y de lodo, derramaban pestilentes olores, con sólo moverse, distribuían colmadas raciones en todos los olfatos. A estos holgazanes trashumantes se les llamaba en la época del virrey Revilla Gígedo, "almas en pena", porque andaban casi desnudos y sin rumbo fijo. Por dondequiera había mauleros cargando con la variada policromía de retales de diversas telas; ganguistas, mercachifles, buhoneros y honrados pardillos que querían con poca plata llevarse algo que luciera y reluciera, y entremezclado con tan buena tropa tal o cual caballerito de esos de manos ágiles, doctos en todas las artes de la bribia, que así limpiaban un reloj al distraído transeúnte como le metían gato por liebre en venta o cambalache.

Pasaban viejecillas menuditas con una gran carga de novenas resobadas, con sus rosarios de sonoras cuentas de madera, tintineantes de medallas milagrosas, y con sus sillas plegadizas, pues los rezos iban a ser largos y muchas las sollicitaciones a los santos, y había que hacerlas sentadas muy cómodamente. Cruzaban en olor de santidad, bien para la Catedral a aburrir a las imágenes con impertinencias y perpetuas súplicas, y en las que ellas y el demás vulgacho rezandero maltrataba con barbarismos e ignorancias el precioso latín de los oficios divinos, o bien salían de la Santa Iglesia Mayor para meterse por la Callejuela, cruzando por el estrecho puente de las Marquesoteras, e ir a dormirse pacífica y dulcemente, en los sermones de San Bernardo, en donde había un predicador, famoso pico de oro, que mantenía jadeando al auditorio bajo las fogosas oleadas de su oratoria, o iban a los confesonarios a vaciar en leve susurro sus inocencias.

Pasaban criollos soberbios que, de vez en cuando, con la orgullosa indisciplina del non serviam, lanzaban miradas de encono hacia los balcones del Real Palacio, como queriendo compensar odio por odio. Cruzaba lento e indolente, por entre aquella ruidosa humanidad, un señor todo de negro, muy erguido, de buen talle, mostacho a la borgoñona y redondos anteojos de letrado; los estudiantes —había adunía de ellos en la Plaza Mayor— se destocaban los sombreros a su paso, lo saludaban con aprecio, y decían con respeto, que él agradecía mucho:

—Es el señor licenciado Don Artemio de Valle-Arizpe que va a la Universidad.

## EN LA CALLE DE LOS PLATEROS

CARA II SEGUN costumbre venida de España en la calle principal de un pueblo o de una ciudad, abrían los metalarios sus talleres en los que se dedicaban al buen oficio de labrar la plata y el oro. Como por esta rúa céntrica pasaban las gentes de pro, de vida acomodada y tranquila, por eso los artifices de la platería establecían en ella sus tiendas para solicitar su atención con los lindos objetos que fabricaban y luego ponerles el deseo de adquirirlos para decorar sus moradas o para el atavío elegante de sus personas. *Los otros oficios como el de los cordobanes, el de los curtidores, el de los talabarteros, cereros, tabaqueros, sombrereros, jubeteros, aprensadores, zapateros, tejedores, panaderos, torneros, para no citar otros más, estaban apartados del centro elegante de la urbe y dieron a menudo sus nombres respectivos a la calle en que se instalaron, según mandatos de sus gremios.*

*Las tiendas de oribes y plateros no se abrían en lugares por donde no transitaban los ricos señores de la ciudad. Para qué poner en venta en barrios de menestrales los ormeceís, los espolines, las piñuelas, los sirgos, capicholas, brocados, jametes, tabies, y gorgoranes, tapices y encajes y orfebrería, o las maravillas de lacas, porcelanas, marfiles y sedas briscadas que portaba en su seno fabuloso la nao de la China? En las calles y callejitas del México virreinal por las que iba la pobretería menesterosa o bien gente con sólo un decoroso pasar, y que, por lo mismo, no le era dable tirar lujos, se veían sólo las pardas estameñas, la frisa, el buriel, el angeo, los recios picotes, jergas, sayales, angaripolas, paños de somonte, insignificantes estracillas; la loza burda, la mestiza y la rameada corriente de la Puebla de los Angeles; el moblaje sencillo para los hogares o joyas falsas de reluciente alquimia y similar: collares, pendientes, tumbagas, pulseras. Pero si alguien con casa en esos barrios tenía dineros y quería lucir cosas trabajadas en buen oro o en excelente plata, no ignoraba la calle en la que debería comprar semejantes galas porque en las tiendas de su barrio no las encontraba, ni las traían tampoco en venta los merchantes y merceros entre sus variadas baratijas.*

En las viejas ciudades españolas, en la calle más calificada o en los soportales que rodeaban las plazas, se abrían las tiendas de los plateros. Segovia tiene su calle de la Plata y Madrid, cerca del

por Artemio de Valle Arizpe

Palacio Real, su histórica calle de las Platerías, y de las Platerías se llama una vía principal de Murcia y también así otra de Valladolid. En Santiago de Compostela hay Platerías. ¿Y no es una rúa suntuosa, "donde amor no vive ocioso", esa de la *Verdad sospechosa* en la que don Juan Ruiz de Alarcón pone la tienda con plata labrada y joyas que le ofrece a Jacinta el mentiroso don García? Así en México la calle de los Plateros era por donde más discurría el señorío elegante.

En ella se agrupaban los plateros acatando el ya citado mandato que disponía que los de cada oficio estuviesen, para mejor y mayor vigilancia de la autoridad, reunidos y no dispersos por diferentes lugares de la población. *La calle de los Plateros a toda hora del día se hallaba llena del múltiple tintinear de los martillos sobre los yunques o de su sordo golpeteo en las piezas en que se trabajaba, y de pronto, de entre este golpear sonoro y rítmico, subía por el aire una tonadilla límpida, gozosa canción de amores, o la que lloraba olvidos o penas de ausencia, cantos de menestrales enamorados.*

*Estaba en esta vía el trabajo en su plenitud. Los martillos decían con la elocuencia de su golpe leve, acompasado, constante, del lujo que había en la capital de la Nueva España y a los martillos les contestaba con afirmación rotunda el trote de los caballos señoriles sobre el empedrado, los más con herraduras de plata, tanto los que tiraban gallardamente de las carrozas —tallas doradas, sedas, bermejón y cristales— de los ligeros quitrines, de las primavera, de los bombés, de los forlones, de los carzahanes, de las calesas, como los en que iban cabalgando jinetes y competentes de pintorescos arreos, con jaeces ya a la jineta, ya a la bastarda o ya a la estradiota, pero siempre con abundante argentería y aljófar y llenos, además, de trenas y de brillantes orifrés. O bien llevaban los caballos silla vaquera muy plateada y luciente, "un promontorio de plata" freno y cabezadas con chapetones, largos, sedosos vaquerillos, o anqueras de cueros repujados con sonantes coscojos cuyo tintineo rimaba con el claro son de las espuelas. Y, así, coscojos y martillos y herraduras y espuelas, traman una plática constante y sonora en la que se decía de elegancias, de refinamientos, de belleza, de gracia y esplendores.*

El sonido de las herraduras en el empedrado, el rodar continuo de los carruajes y el múltiple canto de los martillos en los yunques o en la plata —notas de platería— en su atareado trabajo, se injertaban casi a todas horas entre los sonos armoniosos y claros de las campanas, las graves de la Catedral, las madrugadoras y alegres de la Casa Profesa, las de dulce voz de la iglesia del Espíritu Santo, las numerosas del convento franciscano, tan melódicas, que llevaban su mensaje seráfico por toda la ciudad.

En la calle de los Plateros había siempre algo expresivo e íntimo; un bienestar delicioso que se iba difundiendo en el aire, entre las fornidas casonas, con sus escudos ampulosos, con sus ferrados portones entre jambas barrocas en las que pusieron su primorosa habilidad los cinceles de los indios, con sus rejas anchas, nobles, con sus balcones volados con barandillas de forja y perillones de bronce, y sostenidos con pies de gallo en los que se ornamentó el hierro con prolijas labores; *estas vastas mansiones de piedra están salvaguardadas por un patio de elevadas tapias, con columnas, anchos corredores y una fuente que canta con la voz de su agua continua.*

Si asomamos nuestra curiosidad al interior de estas tiendas, algunas penumbrosas, otras llenas de claridad como su plata, veremos a un oficial, inclinado sobre su labor, golpeando sin cesar con su martillo sobre el cincel que guía mano experta para que saque lindas labores o las pula con cariñosa nimiedad; otro órmice está lima que lima y se oye el fino chirrido del hierro al raspar sobre el metal; el orífice de este lado monta variadas pedrerías en la base barroca de un cáliz al que ya le puso una simbólica estrella, una rosa y una media luna; el orespe de más allá incrusta diamantes en el límpido viril de una custodia en la que estará el cuerpo de Cristo velado en las especies eucarísticas, y a las que ha prendido trémulas esquilillas de plata para que tintineen gozosas cuando vaya en procesión, bajo la radiante luz de nuestro sol, nacido para reverberar en ella y convertirla en ascua de oro.

*Aquel señor parsimonioso que examina con nimia escrupulosidad una pieza es el entendido y exigente veedor para que si le complace su hechura y acabado dar la venia para que salga a la venta, o si tiene algún demérito, así sea el más nimio, destruirla in continenti a fin que no diga mal del prestigiado gremio de la platería que no ha de tener ningún menoscabo en su fama; aquel es el sabio maestro del taller que con un punzón, está poniendo sus cifras o sus marcas, en un sahúmador según lo mandado por las ordenanzas para que fuese junto con el sello del quinto real; vemos también a un aprendiz que anda diligente, ágil como el azogue, de un lado para otro, ya llevando y trayendo cosas, ya moliendo en un metate pedazos de ladrillo o bien pasando por un tamiz este polvo para mezclarlo en seguida con la pez que se está derritiendo en un tiznado perol y con la que se han de formar las "bolas" en que habrán de pegarse las chapas de plata u oro para trabajarlas, o mueve el fuelle que sopla y resopla ronco y saca de la forja una llama briosa o fugaces explosiones de chispas.*

En esta tienda está un comprador que regatea precios mientras sopesa gravemente un lebrillo o un bernegal, o levanta entre sus manos para verla mejor, una afiligranada mancerina en la que encajará el pocillo de su espumoso chocolate para que no se derrame y ensope sus puchas, sus hojarascas, sus escotafies, sus encanelados rosquetitos; en otra tienda se ve a un orondo canónico que hace

encargos de consideración: dos portapaces, seis copas para repartir el vino el Jueves Santo, cuatro ramilletes en sus jarras, cinco grandes flores de plata para poner los cinco granos de incienso que se bendicen el Sábado de Gloria, un relicario con tres torrecillas góticas para guardar en cada una de ellas huesos de confesores de la fe, recogidos en las Catacumbas y enviados desde Roma a la Santa Iglesia Metropolitana. *Habla Su Señoría de unos ciertos blandoncillos, de una ondulada salvilla, de un viso y de una pixide que quiere que en todo su rededor tenga de realce el apostolado para que acompañe a Nuestro Amo cuando lo lleven a casa de un agonizante que esperará le dé la paz de su perdón. Dice que todo esto será pagado con los expolios del señor arzobispo don José Lanciogo y Equilaz, que eterna gloria haya.*

En la tiendecilla del extremo de la calle se encuentra un caballero elegante y pudiente a quien le muestra el maestro el pormenorizado diseño de unos torneados ciriales y de una cruz alta, con su árbol trebolado cubierto de repujados flamígeros, que desea para su parroquia en donde tiene labrada su sepultura en la que esperará el eterno despertar. *Otro señor sale muy satisfecho de la tienda de enfrente con el calado incensario, con su respectiva naveta y cucharilla, que va a donar a un convento de monjas del que es beneficioso patrono y por eso tiene silla y cojín en el presbiterio. En la de esta parte está en espera un lacayo galoneado que viene a recoger unas ciertas limetas, unos azafates, una garapiñera, una vacía y un ascalfador que compró su amo; aquel señor de la casaca llena de orifrés, que fuma con despacioso deleite y mira vagamente hacia la calle, es un minero afortunado, futuro conde o marqués gracias a los abundantes donativos que ha mandado a Su Majestad el Rey, a quien Dios guarde y prospere, y plata contiene el gran bulto que ha puesto en el suelo un su esclavo negro, la que destina para que le labren una extensa y pesada vajilla.*

En aquel otro obrador, el de tejadillo rojo, muy saledizo, está una dama que lleva el rostro lleno de mudas y sebillos, coloreados los pómulos y labios, y los ojos con la misteriosa sombra del alcohol, viste opulentas sayas de pitiflor y de labrado ormesí y largo manto de humo, en sus manos blancas, finas, atildadas, tiene un joyel refulgente, después mueve una de ellas de un lado para otro, con muy gentil donaire, para ver cómo luce el cintillo de zafiros que se ha puesto en un dedo. En este taller umbroso en el que nunca ha entrado el sol y en cuyo fondo lumbrea una fragua, dos frailes agustinos, dignidades en su convento, miran con largos ojos embelesados un copón exagonal, de oro, calado como un encaje fino y con iridiscentes esmaltes azules, que lleva leves campanillas que con cualquier movimiento se estremecen y cantan, y así su suavísima voz dirá una exquisita alegría cuando en el pan de vida que estará en el vaso vaya a entrar el Señor en el pecho de un pecador arrepentido a tomar en él amorosa posesión.

En otro establecimiento, el maestro, sonrosado y cordial viejecillo, de boca infantil, rasurada y risueña, en mangas de camisa y con pechera de cuero ya guadamecilado a fuerza de tanta grasa, tizne y frote continuo, desdobra parsimoniosamente un largo papel amarillo en el que se halla el complicado dibujo de un estipendium, encargo magnífico de una cofradía para el altar de su venerado santo patrono. Están delineadas en compuesta confusión largas guías de vides con sus racimos entrelazados con hojas clásicas de acanto que corren pomposas por toda la amplia superficie después

de rodear la retorcida cartela con un escudo carmelitano. Al maestro, de simpática, de atractiva vitola, que sigue con ojos atentos el curso sinuoso de los ramajes frutecidos que va a repujar y después a cincelar en ese frontal que será de gruesa lámina de plata con la cenefa y el escudo sobredorados, lo sacan de su contemplación y de sus cálculos dos señoras que entran en la oficina muy sonantes de sedas claras.

Una de ellas, muy opulenta, con el rostro bien afeitado, lleva traje de tercianela amarilla y en su justillo que nuba levemente la malicia del manto de gloria, rebulle a la luz el abalorio que lo adorna; mientras que se da aire muellemente con un abanico petife, le muestran junto con unos huevos de venturina para el pañuelo, recubiertos y almenillados de filigrana de plata, unos deslumbrantes alcorcés y luego toma con delicadeza uno de ellos con sus breves manos metidas en guantes de seda bordados de hilos de oro y con vueltas de espumillón, y cuelga entre el pulgar y el meñique la cadenilla de que pende y lo mece levemente para que se encienda y chispee su pedrería; y la otra dama, también llena de garbo y con el rostro bien adjetivado, luce lujoso vestido de prensado tabí de flores azules y está cubierta con un amplio manto de soplillo, toma levemente en sus manos con quirotecas de ámbar, un brocamantón para prenderse en el pecho, y luego entrambas manos extiende una gruesa gargantilla de oro con muchos pinjantes y translúcidas esmeraldas.

*Aquel señor, descolorido y escuálido, de aguda barbilla, ojos inquietos y lumbrosos y manos largas que no deja de frotarse, va a entregar al orebce, dueño del obrador, la variada pedrería que trae envuelta en retales de torciopelo negro para que así luzca más cumplidamente, piedras bezares occidentales, diamantes jaquelados, diamantes fondos, tablas, rosas, faceteados, delgados, granates almandinos, azules zafiros, encendidas cornerinas, topacios, balajes, carbunclos, episcopales amatistas, jacintos, esmeraldas, ópalos inquietadores, en los que siempre bulle misteriosa una luz interna.*

*Ese anciano caballero, amarillo y exangüe, de pulcros, de mesurados ademanes, con anteojos de asta, sombrero de tres candiles, chupa y casacón bordados, con amplios albaláes, y también amplios*

*puños volteados, con calzón de seda amaranto y chinelas de cordobán de lustre en las que brillan hebillones de oro, es un regidor perpetuo de la Nobilísima Ciudad y da cumplidos parabienes al maestro orfebre que sonríe complacido al oírlos, por el puño, contera, brocal y garabato que le cinceló a su leve espadín de corte. Y el que va por ahí apresurado con una caja negra debajo del brazo, que cubre luego cuidadosamente con la capa de velarte, no es el famoso Luis Rodríguez Alconedo? Sí, sí, es él. Es Alconedo. Camina a toda prisa por la calle de los Plateros, cruza después con tendido paso la Plaza Mayor y se entra rápido en el Real Palacio. Lleva en esa caja negra que aprieta bajo el brazo, la pomposa corona de oro que ha labrado con nimio primor y que pronto se habrá de ceñir como soberano de México el virrey don José de Iturrigaray que llevará el nombre de José I, pues se dice que en breve va a independer la Nueva España de la Metrópolis.*

Hay una sensación de íntima y de profunda armonía entre estas personas que visten telas holoséricas y compran joyas, que hacen encargos costosos, que adquieren pesadas bandejas, bernegales, fuentes, tembladeras, salvillas, picheles, mancerinas, casos, aguamaniles, vacías, y la calle con sus pétreos y anchos caserones, con sus iglesias y su vasto convento de San Francisco que difunde por toda la ciudad los sonos largos y trémulos de sus campanas; por sus aceras suenan halagadores susurros de sedas junto con el taconeo rítmico de los chapines altos, picados o a lo ponleví, y hay de pronto sutiles perfumes que se esparcen por el aire y le dan goce al olfato.

Todo esto se funde en un mismo pensamiento. Las tiendas dejan escapar su espíritu hacia la vía, y de ésta les entra el bienestar de los transeúntes adinerados y elegantes, y el misterioso efluvio que esparcen las carrozas de rutilantes barnices que pasan bamboleándose en sus sopandas como haciendo cortesías, y en las que van caballeros de alcurnia o damas muy pomposas entre sedas recamadas y relumbres de joyas. No hay en esta noble calle de los Plateros el apagamiento, el sosiego apacible y la inercia, dulce abandono, que hay en otras calles de la ciudad, todas silencio y paz y muros carcomidos.

## EL ALACRAN DE FRAY ANSELMO

DON LORENZO Baena, de rico que era, andaba escaso y necesitado. Se le agotó todo su caudal y la miseria furiosamente lo atropelló. Don Lorenzo Baena tenía el alma llena de ternura, era sencillo, afectoso, solícito. A lo largo de sus días no había una sola huella de odio, sino sólo dulzura, suave bondad. El sonreía delicadamente ante su desgracia, como delicadamente sonreía cuando estaba en la opulencia. Inclínaba humilde, la cabeza, y abriendo los brazos, decía: "¡Qué le vamos a hacer, qué le vamos a hacer!" Jamás una palabra amarga, dura, brotaba de sus labios. Todo era perdón y misericordia don Lorenzo. Su vida se tendía hacia Dios, apacible, tranquila y resignada.

Fletó un barco don Lorenzo, cargándolo con abundante ropa de China para el Perú, y el barco fue apresado por piratas; todo el cargamento de la nao de los peruleros, lo compró don Lorenzo y la nao zozobró en una furiosa borrasca; mandó una larga conducta de plata hacia las Provincias Internas de Occidente, e indios bárbaros la asaltaron. Iba con la conducta su hijo Jorge a entregar en Querétaro a los cofrades de Santa Rosa una reja opulenta de calaín y tumbago, que, por mediación de don Lorenzo, mandaron fundir a Macao de la China, y el hijo, esbelto y rubio, fue escapelado por los indios. La esposa de don Lorenzo se llenó de abatimiento; una tristeza mansa la fue consumiendo, y al fin el Señor se la llevó para sí. Unos males iban asidos a otros males. Don Lorenzo no perdía su serenidad, su dulce serenidad que le bañaba el alma. "¡Qué le vamos a hacer, qué le vamos a hacer!", decía don Lorenzo abriendo los brazos, e inclinaba, resignado, la cabeza ante el Destino.

Lo seguía la mala ventura como una sombra fiel. Todos iban a desaguisar en su hacienda. No había gente que no se le atreviera. Tuvo que vender sus muebles, tuvo que vender su casa. ¡Su casa, su casa! Salió de ella llevando el retrato de su esposa; lo veía y lloraba, y doña Catalina, desde el marco de oro, lo veía también con sus ojos azules y tristes.

Don Lorenzo, fuera ya de la traza de la ciudad, vivía en un cuartito, muriendo de hambre. Allí no había casi ni en qué poner las manos. Pasaba muchas necesidades don Lorenzo. Apenas si tenía un bocado que llevar a los labios. Los que fueron sus amigos,

*por Artemio de Valle Arizpe*

al verlo pobre y desventurado, le volvieron la espalda, embozándose altivos en el egoísmo. Iba a pedir trabajo a los que él hizo ricos y se lo negaban con aspereza. Don Lorenzo Baena estaba en las últimas; su paso era ya arrastrado, titubeante; hablaba, y de pronto quedábase con la boca abierta, mirando con ojos vagos, porque se le perdía el asunto de que trataba. Volvía a cogerlo con dificultad y a poco quedábase de nuevo absorto, sumido en otras consideraciones, y suspiraba palabras muy suaves y faltas de ilación.

Una mañana, no supo ni cómo, entró en el convento de San Diego. Pasito a pasito salió de su casilla mísera, pensando que en aquel día cumplía dos años de muerte su esposa, le rogaría a un frile que, por amor de Dios, le dijese a su doña Catalina una misa de sufragio. Vería a Fray Anselmo de Medina, que amparaba siempre las necesidades. Fray Anselmo de Medina era bondadoso y feliz; era un alma llena de compasión; se le desbordaba de ella suavemente la ternura. Tenía la fe sencilla, firme y cándida. Había tal cordialidad en sus palabras, ponía en ellas un matiz tan delicado, tan fraternal, que sonaban con una extraña dulzura, anegando de bien los corazones.

¿De qué dolor podía saber Fray Anselmo de Medina que a él no acudiese apresurado? Por santo se le tenía y como a santo se le veneraba. Largas caminatas hacía bajo lluvias, vendavales y solaneras, pidiendo limosnas para derarmarlas en los pobres. Volvía al convento con los pies llagados, con la ruin estameña del hábito hecha mil jirones, escurriendo sangre por muchas partes del cuerpo, ya enflaquecido por tantos y tantos ayunos. Fray Anselmo de Medina era un serafín humano, una celeste criatura de Dios, lleno de ardiente caridad y melificado de amor.

Don Lorenzo entró en la celda de Fray Anselmo de Medina. La celda de Fray Anselmo era blanca, humilde y pulcra como su espíritu. Una mesa tosca, renegrada; un sillón viejo, unas tablas sin acepillar que eran la cama y con una piedra por cabezal: eso era todo, todo lo que había en la celda de Fray Anselmo de Medina, y, además, un Cristo que agonizaba lleno de sangre y de angustia, en una cruz, sobre la blanca pared.

—Pase, hermano, pase. ¿Qué bueno por aquí?

—Padre mío, ya no sé qué hacer. Todas las puertas se me cierran. Ya se me va la esperanza. No puedo más. Deme su ayuda, Fray Anselmo.

—Hijo, ¿qué es lo que quiere, diga?

—Ya está al llegar la nao de la China. ¿No oyó ayer el repique? Deme, présteme, padre, un poco de dinero, y yo compraré algo de sedas, lacas, porcelanas o especiería, para ver si salgo adelante, pues la negra miseria me sigue tenaz y nadie quiere ayudarme, padre, nadie. Con quinientos pesos...

—¡Quinientos pesos! Mire, hijo, ya vendí mis libros, me dieron un hábito nuevo y lo dí a unos pobres. No tengo nada, hijo, nada. Estoy desundo de todo bien. Ya en el convento no quieren darme cosa alguna, pues dicen que despilfarro. ¿Señor, qué doy a este buen hombre, a esta dolorosa necesidad que me pide? Yo quiero socorrerla. Yo quiero socorrerla, ¿pero cómo, Señor?...

Fray Anselmo miraba con larga mirada suplicante al crucifijo. Lleno de angustia, se le llenaron los ojos de lágrimas, porque no podía remediar el infortunio de aquel pobre hombre manso, tan manso, tan sencillo. En esto vio Fray Anselmo que empezó a bajar por la pared un alacrán, un alacrán largo y rubio. Cuando lo tuvo a su alcance lo cogió con suavidad, y con más suavidad aún lo envolvió en un papel, y entregándoselo a don Lorenzo, le dijo:

—Tenga, hermano. Lleve esto al Monte de Piedad de Animas, a ver cuánto le dan, y que Dios le ayude.

—¿Este alacrán, Fray Anselmo?

—Sí, este alacrán, don Lorenzo. No tengo más. Rece una salve por el alma del buen caballero don Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, que fundó esa institución, con la que ha hecho tanto, tanto bien a los pobres. Adiós, don Lorenzo. El Señor lo acompañe.

—Que El quede con su reverencia, y pídale por mí.

Don Lorenzo llegó al Sacro y Real Monte de Piedad de Animas, en la calle del Colegio de San Pedro y San Pablo. Temblaba don Lorenzo. ¿Cómo iba a empeñar aquello? Creerían, de fijo, que era una burla suya y hasta lo enviarían a la cárcel. Se iría a su casa con su miseria y su dolor. ¡Pero si Fray Anselmo le dijo que llevara ese alacrán al Monte de Piedad! Bueno, pues lo entregaría allí, qué más daba. Alargó, temblando, el pequeño envoltorio. Se sintió don Lorenzo más humilde, más poquita cosa, más insignificante; se tenía a sí mismo una lástima infinita. Sus ojos eran una muda imploración de piedad.

Tomó el dependiente el pequeño paquete y al abrirlo se llenó de azoro. Con asombro veía a don Lorenzo de arriba a abajo. Don Lorenzo pensó: "¡Ahora es cuando me va a pegar este hombre, por mi inaudito atrevimiento de traerles esta sabandija, y tendrá razón si lo hace! ¡Claro que la tendrá!" Cerró los ojos y empezó a esperar el golpe rezando un avemaría; pero los abrió cuando oyó que le dijeron:

—¿Cuánto quiere, señor, por esta maravilla?

Entonces también don Lorenzo se quedó atónito, tembloroso, y lanzó un vago grito de estupor al ver que el dependiente tenía entre las manos un gran alacrán de filigrana de oro, rutilante de pedrería, esmeraldas, rubíes, topacios, amatistas, e infinidad de diamantes esplendorosos.

—Le daré cuatro mil pesos, ¿quiere?

Don Lorenzo, lleno de regocijo, tomó el dinero; salió esa misma tarde para San Diego de Acapulco. La nao acababa de anclar, magnífica, volcando sus tesoros ante el alborozo de la multitud. Compró tafetanes, anafallas, sirgos, noblezas, pitiflores, lampotes, zarazas, damascos, pequines, chitas, cambayas, deslumbrantes camocanes. Adquirió las telas más hermosas que entre sus maravillas trajo la nao de China. Volvió a México, y ante los ojos ilusionados de damas y caballeros abrió sus baúles de cuero rojo, con prolija ornamentación de clavos dorados, vendió aquellas telas crujientes, halagadoras a los ojos y a la voluptuosidad del tacto, en lo doble y hasta en lo triple de su coste. Pronto las señoras y los caballeros principales le agotaron su preciosa mercancía, con la que tanto habían soñado en sus caserones, en el tedio de muchos días.

Don Lorenzo se mejoraba muy aprisa, adquirió luego churlas de canela, barricas de vino, bocoys de tabaco, cacao, índigo y grama, y lo llevó en larga reata de mulas a la feria de San Juan de los Lagos. Sus beneficios fueron enormes. Después partió, con paños de raja, picotes, angaripolas, creas, limistes y bellorines, cordobanes y cobre chileno, a la feria que se hacía en Jalapa a la llegada de la flota. Muchos abundantes dineros metió en sus arcas. Después mercó trigo, y antes de la cosecha, compró y atravesó mucho maíz; vino una gran escasez y aumentó sobremanera sus ganancias. Cada vez le caía la sopa en la miel. Volvió a ser rico don Lorenzo Baena. Cada día multiplicaba su hacienda. Otra vez tuvo amigos que le decían palabras cariñosas y lo llenaban de dulces halagos. En tiempo de higos, abundan los amigos de los higos. La fortuna le volvió a sonreír largamente a don Lorenzo Baena. Vivía próspero y sin revés. Tornó a allegar grandes riquezas y a ensancharse en heredades. De entre los pies le nacía el bien y, sin saber cómo, se le multiplicaba. Todas sus desgracias pasadas se le hicieron flores.

Fray Anselmo de Medina le levantó su fortuna. Decía don Lorenzo que tenía que gratificar ampliamente a Fray Anselmo. Gracias a él se veía cada vez con nuevos y grandes acrecentamientos. Tenía que recompensarlo. Sacó del Sacro y Real Monte de Piedad de Animas el alacrán de oro, lo envolvió, cuidadoso, en un retal de seda y se lo llevó, como regalo, al seráfico fraile dieguino.

Fray Anselmo se hallaba en su celda, junto a la ventana. Tenía en la mano un pajarito que estaba cantando, vibraba todo su leve cuerpecillo y veía al fraile con sus ojitos negros, inquietos, como cuentas mojadas. Al entrar don Lorenzo voló el pájaro y se fue a la aguda cima de un ciprés, de donde siguió enviando al fraile su cántico. Don Lorenzo le dijo efusivas palabras de agradecimiento a Fray Anselmo; le besaba las manos y lo veía con inefable ternura. Le entregó la preciosa joya. Fray Anselmo, sin mirarla, la desenvolvió, y tomándola con suavidad, se acercó a la pared y puso el alacrán en el mismo sitio de donde lo había tomado antes, y, acariciándolo, le dijo:

—Anda, sigue tu camino, criatura de Dios.

Y el alacrán largo y rubio, empezó a caminar lento, ondulante, por la blanca pared. El pájaro vino al alféizar de la ventana y empezó a cantar con alegría.